

LA MATERIA OSCURA (His Dark Materials), de Philip Pullman

Son tres novelas: *Luces del Norte* (Northern Lights, 1995), *La daga* (The Subtle Knife, 1997), *El catalejo lacado* (The Amber Spyglass, 2001). Barcelona: Ediciones B, 2004, 1998, 2001; 392, 283 y 444 pp.; trad. de Roser Berdaguer la primera, de Dolors Gallart la segunda, de Dolors Gallart y Camila Batlles la tercera; col. La escritura desatada; ISBN: 84-666-1868-6, 84-406-8409-6, 84-406-9947-6.

Aunque la trilogía *La materia oscura* ha sido a veces comparada con las mejores novelas de fantasía con epítetos como «compleja», «sofisticada», «inteligente», «profunda», etc., en realidad es una obra descompensada en la que sus aciertos acaban siendo sepultados por las fobias del autor.

Ciertamente, Pullman escribe muy bien. Tiene una poderosa imaginación y gran capacidad tanto para poner en pie un argumento complejo como para lograr pasajes magníficos llenos de tensión. Es destacable su facilidad para crear personajes atractivos y vigorosos, en especial la protagonista, Lyra, (aunque no tanto su oponente masculino, Will), pero también otros como la señora Coulter o el oso acorazado. Además, la creación de los «daimonions» es un acierto sensacional.

Por otro lado, su patente intención de volver del revés la historia del pecado original se le va de las manos, su deseo de hacer propaganda de una visión atea de la vida y de criticar a todas las iglesias cristianas alcanza límites ridículos (que sorprenden mucho en un escritor tan dotado), y son casi abusivos los acentos didácticos explícitos de la tercera novela (en contraste con las otras dos, mucho mejores). En fin, es como si Pullman arremetiese contra un enemigo que se ha fabricado él mismo a base de sus propios prejuicios e incomprendiones.

Luces del norte arranca en el Oxford de un siglo XIX distinto pues, entre otras cosas, todos sus habitantes tienen «daimonions», animales que forman una unidad con su pareja humana, estables en un adulto, cambiantes durante la infancia y la adolescencia. La protagonista, Lyra, tiene once años y vive en el Jordan College, un centro de «teología experimental», rodeada de profesores y sin saber quienes son sus padres. Su familia se reduce a su tío y tutor Lord Asriel, un enigmático científico y explorador que desaparece tras una visita al College. Entonces aparece la encantadora señora Coulter para llevarse a Lyra a vivir con ella. Antes, el rector del Jordan había entregado a Lyra un aletiómetro: un instrumento con el que será capaz de adivinar el futuro. Cuando ve algo raro en la señora Coulter, Lyra se marcha en busca de su tío y con el propósito de saber qué pasa con los niños que, a lo largo del país, están desapareciendo. En su viaje averiguará quiénes son sus padres y algunos motivos de tantos sucesos extraños, pero, sobre todo, irá progresando en su conocimiento del Polvo: unas partículas misteriosas que se acumulan

allí donde hay seres humanos y que la Iglesia teme porque las considera una «evidencia física del Pecado Original». Al final, Lyra empieza a pensar de un modo distinto al establecido: siempre creímos que el Polvo era malo... pero «¿y si el Polvo fuera bueno...? Si fuera una cosa que mereciera la pena buscar, poseer, apreciar...».

La daga comienza en la Inglaterra de nuestro siglo. Un chico de doce años llamado Will, cuyo padre ha desaparecido y cuya madre no está bien de salud, se ve perseguido y, a través de una ventana dimensional, acaba entrando en otro mundo en el que conoce a Lyra. Esta sigue con sus averiguaciones y, en el mundo de Will, conoce a Mary Malone, una ex monja católica que trabaja como física investigando la materia oscura, el mismo Polvo del mundo de Lyra. Will se hace con una misteriosa daga que lo corta todo y permite practicar aberturas entre distintos mundos paralelos pero, durante la pelea en la que se hace con ella, pierde dos dedos y la herida parece no curarse nunca. Perseguidos por la señora Coulter, Lyra y Will continúan su viaje hasta dar con el padre de Will. Entretanto, en la gran rebelión contra la Autoridad que lord Asriel está encabezando, será decisivo tanto que intervenga Will, «el portador» de la daga, como proteger a Lyra de las asechanzas de la Iglesia y sus secuaces. Como Lyra en la primera novela, ahora es Will quien descubre al final a su padre.

En *El catalejo lacado* todo avanza hacia un enfrentamiento final entre las fuerzas reunidas por lord Asriel contra el poder de la Autoridad y la Iglesia. Will y Lyra viajarán hasta el país de los muertos y traerán a muchos de vuelta para la lucha. Mary Malone sigue su propio camino y conoce a unos curiosos seres llamados mulefas, «un cruce de antílopes y motocicletas» con «trompas como de pequeños elefantes»; con su ayuda fabrica un catalejo lacado con el que puede contemplar lo que tales seres llaman el sraf, que no es más que el Polvo del mundo de Lyra, o la Materia Oscura que ella investigaba. Entretanto, la Iglesia encarga a un sacerdote psicópata que busque a Lyra y la mate para evitar los daños que se seguirán de que caiga en el pecado y, con eso, arrastre a toda la humanidad. Pero la señora Coulter se arrepentirá de su pasado y protegerá a Lyra.

Cualquier lector de relatos de fantasía reconoce pronto algunos préstamos literarios de Pullman. Así, mundos paralelos entre los que hay puertas de comunicación se presentaron antes, entre otras obras, en las *Crónicas de Narnia* o en *Los mundos de Chrestomanci*. Hay viajes en globo que recuerdan aventuras vernianas y actuaciones de niños salvajes agresivos parecidas a las de *La isla de Coral*. Los mulefa que descubre Mary Malone tienen algo de los *Mumin* de Tove Jansson. Will es «el portador» de la daga, un objeto que a veces tiene voluntad propia, como

el anillo que lleva Frodo; la herida de Will que no se cura es también como la de Frodo, que tampoco lo hace con los remedios primeros del elfo. El viaje de Lyra y Will al mundo de los muertos para traerlos y que intervengan en las batallas que se avecinan tiene algo del que hace Aragorn en *El señor de los anillos*.

Se supone que otras influencias se derivan de las obras citadas al principio de cada capítulo de *El catalejo lacado*: la Biblia, obras de William Blake, John Milton o Emily Dickinson, entre otros. Lo cierto es que tales frases, aunque sugieran la erudición del autor y tengan que ver con lo que se narra, son completamente innecesarias y hacen presuntuosa la novela. Se puede defender que acaso resulten una lejana incitación a que algunos lectores jóvenes busquen los textos originales pero se podría recordar que, literariamente hablando, menos es más o, como bien dice don Quijote, que «toda afectación es mala».

Lo más importante sin duda es la clara voluntad de Pullman de construir una parábola teológica que desmienta las de C. S. Lewis. Si éste hablaba en *Perelandra* de una nueva Eva a la que unos tientan y otros protegen, aquí Lyra está en «la situación de Eva, la esposa de Adán, la madre de todos nosotros, y la causa de todos los pecados», y si ella «sucumbe a la tentación triunfarán el Polvo y el pecado». Pullman se propone mostrar que la sabiduría se adquiere sólo después de haber perdido la inocencia, y presenta una tentación y una caída original singulares que no son el origen de las desgracias que afligen al hombre sino el principio de la libertad humana. En consecuencia, subraya que tales hechos no deben ser vistos como un mal sino como un motivo de celebración, ni el Tentador como un ser malvado sino como un ser que nos hace más sabios.

El problema es que mientras Lewis apoya su construcción en unos cimientos contrastados, Pullman ha de fabricarse una cosmovisión más o menos gnóstica con multitud de grietas. Por ejemplo, la concepción de que «la Autoridad, Dios, el Señor, Yahvé, El, Adonai, el Rey, el Padre, el Todopoderoso —explica un ángel de lo más curioso—, son unos nombres que él mismo se impuso. No fue el creador» sino un ángel más. Ciertamente, estamos en una novela y el autor puede inventarse lo que quiera con tal de que su ficción resulte coherente, pero apoyarla sobre algo así no es un buen comienzo. Sin embargo, más importante aún es la confusión en la que se basa todo: el gran mal que se cierne sobre la humanidad, y que los fanáticos miembros de la Iglesia desean evitar, no es un pecado original como el pecado original de la Biblia, sino el pecado (de atracción amorosa y sexual) que supuestamente cometerá Lyra cuando crezca; y la feliz resolución —la *felix culpa*— que restaura el equilibrio cósmico amenazado es el enamoramiento que se da entre Will y Lyra, dos chicos de trece años. Por tanto, no sólo no hay paralelismo

alguno entre Eva y Lyra sino que todo es desproporcionado para cualquiera con sentido común: convertir un amor adolescente en la clave de arco sobre la que todo se sostiene es un fallo argumental impropio de un escritor como Pullman.

También desde de la categoría del autor su clara voluntad de crear antipatía hacia todo lo relacionado con la religión. Aunque la Iglesia que combate a Lyra es una en la que triunfaron las tesis de Calvino en el pasado y que se caracteriza por una rígida intolerancia, queda claro que las iglesias cristianas son el enemigo en todos los mundos paralelos. Así, a lord Asriel «se le crispan las facciones con disgusto cuando oye hablar de sacramentos, expiación, redención y cuestiones por el estilo». Al padre MacPhail, un escocés ascético (no sé si Pullman tendrá también algo contra los escoceses), mientras prepara una bomba que matará a Lyra, se le describe del siguiente modo: «Movía los labios como si rezara en silencio y tenía los ojos desmesuradamente abiertos y sin pestañear, pese a la lluvia que caía. Parecía la sombría pintura española de un santo sumido en el éxtasis del martirio». Es demencial la pintura del Padre Gómez, un fanático-psicópata con «ojos ardientes como brasas», a quien se le concede una absolución preventiva de los crímenes que pueda cometer, y del que se nos dice que «el crucifijo que llevaba colgado del cuello y el rifle que portaba en la espalda constituían dos símbolos de su empeño en cumplir su misión».

El maniqueísmo del planteamiento asoma también en el interés del autor en dejar claro que hay un bando de los buenos y otro de los malos. A Will se lo explica su padre: «Existen dos grandes poderes que se enfrentan desde el comienzo de los tiempos. Todo avance en la vida del hombre, todo jirón de conocimiento, sabiduría y decencia que poseemos se lo ha arrancado de los dientes un bando al otro. Cada pequeño incremento de la libertad humana se ha conseguido a costa de una lucha feroz entre quienes desean que sepamos más y seamos más sabios y fuertes y quienes pretenden que obedezcamos y seamos humildes y sumisos. Ahora esos dos poderes se preparan para la batalla. Ambos codician tu daga más que ninguna otra cosa. Tienes que elegir, chico». A Mary Malone se lo cuenta la bruja Serafina (a quien, a su vez, se lo había transmitido un ángel femenino llamado Xaphania): «Me dijo que la historia de la vida humana ha consistido en una lucha entre la sabiduría y la estupidez. Ella y los ángeles rebeldes, los partidarios de la sabiduría, han tratado de abrir la mente de la gente, mientras que la Autoridad y las Iglesias siempre han procurado mantenerla cerrada».

Hay también una intención evidente de subrayar la primacía de lo material y de la vida presente. Cuando la bondadosa Mary Malone cuenta

cómo perdió su fe, cualquier persona madura puede darse cuenta de que no sabía muy bien en qué consistía su vocación religiosa, pero ella no sólo saca la conclusión personal, cierta o no, de que su vida era un engaño, sino que obtiene una conclusión universal a la que chicos listos como Lyra y Will asienten sin sentido crítico alguno: que «el cielo estaba vacío». (Este es un buen ejemplo de cómo la ignorancia de un personaje respecto a un tema revela la ignorancia o los prejuicios del autor respecto a ese mismo tema.) Esto contrasta, sin embargo, con la clara conciencia de que hay deberes morales ineludibles: Lyra dirá, de modo contundente, que «si puedes y debes, no hay excusa para hacer una cosa», y que «nuestro deber es cumplir las promesas que hagamos, por difíciles que sean». También un joven que fue mártir, a quien Lyra y Will encuentran en su viaje al mundo de los muertos, lo tiene claro: «cuando vivíamos nos dijeron que cuando muriéramos iríamos al cielo», pero está claro que no es así. Una de las conclusiones finales es un *Carpe diem!*, vivir el presente con intensidad, construir cada uno la república del cielo.

En lo ideológico se podrían formular más críticas, como la tendenciosidad en la forma de presentar a los niños como los grandes perjudicados por la influencia de la Iglesia en la sociedad. En cuanto a defectos frecuentes en este tipo de relatos, aunque debe decirse que Pullman resuelve las cosas mejor que la mayoría de los autores, también aquí los protagonistas son demasiado resueltos y decididos, y demasiado maduros para su edad, en especial Will; también hay batallas confusas con muchos actores y efectos pirotécnicos, donde nada está claro: «la mujer no veía nada debido a la lluvia torrencial y a la atmósfera impregnada de gas lacrimógeno». Como además su relato tiene una más que notable complejidad argumental y temática, se ve obligado a ir multiplicando las subtramas y a ir proporcionando más explicaciones de la cuenta, con lo cual se pierde la frescura que, por ejemplo, tienen las *Crónicas de Narnia* (y que no tiene la *Trilogía de Ramson*: una consecuencia de cargar a novelas así con más peso del que pueden llevar, de no hacer caso a Stevenson cuando pide «que el estilo no flaquee bajo el peso de los razonamientos»). En paralelo con lo dicho más atrás sobre las referencias literarias superfluas se puede poner que, aunque al lector se le quede la idea de que Pullman domina también materias como el I Ching y el pensamiento chamánico, eso no hace mejor su novela sino más espesa. Sin duda, si el autor se hubiera contenido más para no pintar a todos los clérigos y eclesiásticos como estúpidos o torturadores, y con «daimonions» repelentes, habría conseguido mejor su propósito de provocar rechazo hacia ellos.

Diciembre 2006